

y por eso he insistido en someterle á la prueba que él mismo te propuso.

Es en efecto un excelente caballero, al cual juro á Dios dar el premio que merece.

Y ahora, hija mía, nuestra entrevista ha concluído por hoy: retírate á descansar, pero antes dame el pomito del narcótico y conserva tú el de la sal con que debes despertar á la buena Marta.

Ahora, hija mía, retírate y no te entregues al dolor que mi determinación te ha causado; piensa, María de mi corazón, que sólo por tu bien lo hago, y que por tal de verte feliz un día de tu vida, soy yo capaz de sacrificar con gusto todos los de la mía.

—¡Ah! padre mío, lo creo, sí, lo creo y á Dios pido os bendiga, porque aunque lloro de pena, me habéis hecho dichosa, muy dichosa, permitiéndome amar á Hernán López, en cuyo amor está fundada toda mi felicidad.

—Bendita seas, hija mía,—respondió Pilar conmovido.

Sonó un beso que María imprimió en la frente que su padre acercó á los barros de la reja, y después, Pilar quedó sólo, mudo é inmóvil frente á la cerrada ventana.

#### Capítulo V

### El autor de su desdicha

**E**n vano García del Pilar, hundiendo sus miradas en las sombras, aun las más insignificantes, y aguzando el oído para recoger los rumores más leves, procuró adivinar la presencia de Hernán López en aquellos rumbos.

Ninguna traza de él pudo descubrir.

—Ha huído sin duda,—se dijo, resolviéndose á alejarse después de una larga hora de inútiles pesquisas;—ha huído como cobarde y felón que es.

¡Ah! ¡malditos sean él y su raza, y maldito también el momento en que yo nací!

¡Ay! ¡los tormentos, la inquietud, la zozobra, la desesperación que padezco, son superiores á mis fuerzas!

¡Maldito mil veces el villano que á dar ha ido con lo único que yo amo en la tierra!

¿Cómo no pensé que alguien pudiese seguirme hasta esa casa querida, arca santa del único amor sincero de mi alma?

¿Cómo pude creerla tan bien y secretamente guardada que confié en mi creencia?

Quince días, nada menos que quince días, esto es, una eternidad para un diestro seductor, hace que ese gavilán está en acecho de mi paloma, y en toda esa eternidad nada había yo sospechado.

¡Ah! ¡García del Pilar! ¡eres menos diestro y bribón de lo que tú te habías creído!

¡Hernán López te ha ganado! ¡Hernán López ha burlado al burlador!

¡Ira de Dios! ¡me ha herido en la única cuerda sensible de mi corazón!

Pero ¡ay de él! ¡su obra de iniquidad aun no está concludida! ¡aun estoy á tiempo de evitarla, de impedir!a!

¡Oh! ¡yo la impediré!

¿La impediré?

¿Puedo acaso esperarlo?

¡No me está probando lo que adelantado tiene, que con un poco que el diablo le ayude puede vencerme y confundirme?

¡Maldición sobre él!

¿Qué entrañas tan duras son las tuyas que no le ha movido á respeto y piedad la inocente candidez de mi hija?

¡Ah! ¡y cómo ha logrado ganarle la voluntad!

¿Cuánto en cuán poco tiempo le ama!

¡Necio de mí, y necio del hombre que posible crea guardar una mujer!

¡Necio de mí, que en mi egoismo creí feliz á mi Ma-

ria, y en olvido puse que es el amor, natural inclinación é invencible necesidad!

¿Cómo no pensé que un ángel como María, toda ternura, toda pasión, había de ceder algún día á esa natural inclinación, á esa invencible necesidad?

Y es claro; no habiendo visto casi á otro hombre que á su padre, el primero que á ella se llegó logró con fácil triunfo hacerse amar por ella.

Pero ¡Dios mío! ¿qué clase de amor es el de Hernán López?

No, inútil es mi empeño de querer encontrar alivio á mi pena, empeñándome en imaginarme que Hernán López puede amar á María.

¡No; no puede amarla!

¿Por qué aquel día que en las bodegas de Peralmindez me descubrió su amor por Esperanza Ponce, y me pidió piedad y me rogó que no estorbare sus amores con ella, insistiendo en terciar en favor de Delgadillo, no me dejé convencer por sus ruegos?

¿Por qué no me conmovió su ruego? ¿por qué sus palabras no llegaron al fondo de mi corazón, y rompiendo la corteza de mi hábito de iniquidad no penetraron hasta el templo del amor que á mi hija tengo levantado?

Pero ¡ay! sordo á su ruego, indiferente á su dolor, de él me burlé, y ahogué su pasión naciente por Esperanza, amenazándole con la cólera de Delgadillo, que la quería para sí.

¡Cuánta fué mi maldad! pero ¡cuán pronto encontré en ella mi castigo!

Si yo le hubiese compadecido, si yo le hubiese escuchado; Hernán López, distraído con su amor, jamás habria pensado en la conquista de mi hija.



Si en vez de lastimarle, como le lastimé, hubiera obsequiado sus ruegos, Hernán López no habría pensado en vengarse ni en buscar algo que yo amase, para en mi amor devolverme la herida que en el suyo abrí.

Pero no; si sabe que María es mi hija no llevará adelante su venganza.

Es imposible que sea tan malvado.

Su venganza pasaría los límites de lo racional y aun de lo salvaje.

Hernán López puede encontrar cien mujeres tan bellas como Esperanza, tan dignas de ser amadas como Esperanza.

¿Dónde podré yo encontrar otra hija como la mía?

¡Prenda querida de mi corazón! ¡tú tan buena! ¡tú tan bella! ¡tú tan joven! ¡tú tan cándida! ¡tú tan pura! ¡tú tan inocente! ¿por qué has de ser la víctima de las infamias de tu padre?

No: Hernán López no será tan cruel, no será tan implacable que haya de llevar á tal extremo su venganza.

Seguro estoy de ello.

De otro modo no habría invitado á María á descubrirme su secreta pasión, pues al hacerlo me ha puesto sobre aviso.

Pero ¡ay de mí! ¿habrá sido ésta su intención, ó por el contrario ha querido demostrarme con ella cuán aventajado sobre el mío es su ingenio para concebir maldades?

¡Oh! ¡por desgracia tengo que reconocerlo así!

Quince noches hace que Hernán López conversa á la reja con mi hija, y en todo este tiempo yo he vivido ignorante de ello.

Quince días hace que el corazón de María vive la vida nueva del amor, y nada durante esos quince días alcancé á notar yo.

¡Ah! ¡cuán temible ciencia es la ciencia del disimulo femenino!

¿Quién podrá conocer un secreto de mujer si ella en guardarle se obstina?

En su inverosímil candidez, María encontró, no obstante, medios para no darme á sospechar sus nuevas relaciones, para que no la vendiese su emoción, para que no viese brillar en sus ojos la chispa de su pasión.

Ella, tan inocente y sin experiencia, no se espantó del riesgo que hubiese podido correr narcotizando á la única persona que defenderla podía, y supo ingeniarse de modo que la confiada Marta no llegase á sospechar la burla que se le hacía.

¡Oh! ¡me espanto de ello!

Me espanto de imaginarme lo que pudiese haber sucedido si la infernal astucia de Hernán López hubiese querido abusar del efecto del narcótico.

¡Nada más fácil para él que haberle ministrado el fatal tósigo á María!

¡Cielos! ¿qué hubiera sido de mí, cuál mi desesperación horrible si una noche, al llamar á la casa de mi hija, ésta no hubiese estado allí, ó encontrádola hubiese infeliz y deshonrada?

No: Hernán López no puede ser tan infame.

Sin embargo, ¿qué es lo que no puedo temer de él?

María me lo ha dicho.

Con atroz doblez ha pronunciado en los oídos de mi hija el nombre aborrecible de García del Pilar.

Hernán López la ha enterado de mis crímenes y mis

infamias, y ha logrado que mi hija odie al para ella desconocido García del Pilar.

Le bastará, para completar su obra, quejarse el día de mañana de que García del Pilar se opone á sus relaciones con María : ¡esta le aborrecerá con todos sus sentidos!

Y cuando Hernán López esté seguro de la fuerza de ese aborrecimiento, me desenmascarará con María, y la pondrá en el horrible conflicto de odiar á su padre ó de amar como tal á García del Pilar.

Si tal llegase á suceder ¿podré esperar que mi hija me perdone?

¿Cómo ¡ay de mí! podré yo presentarme ante ella?

¿Cómo podré sufrir, sin morir de pena y de angustia, la idea de que mi hija se avergüenza de mí?

No, esto no tiene más remedio sino que yo me humille ante la fortaleza de mi enemigo, y bese humildemente sus plantas, demandándole piedad.

¿Conseguiré que de mí la tenga?

No, no puedo esperar.

A la misma hora en que estas horribles revelaciones me han sido hechas, Diego Delgadillo debe haber consumado el deshonor de Esperanza Ponce.

Inútil es ya cuanto yo pudiese intentar para salvar á Esperanza y volvérsela pura á Hernán López.

Delgadillo es una bestia feroz, que nada respeta y á la cual nada intimida.

¡Ah! ¿por qué mi hija no me hizo anoche esta revelación?

¿Cuántos males hubieran podido evitarse!

Pero ¿de qué me espanto si yo mismo he tejido á sabiendas las redes en que preso estoy?

¡Cuán ciego y necio soy!

Esta misma tarde Hernán López me amenazó con su venganza, y me indicó que conocía á mi hija.

Esta tarde aun era tiempo.

Delgadillo estaba en su casa todavía.

Todo pudo haberse evitado con no haber llevado yo á Esperanza la cita de Delgadillo.

Y en vez de hacerlo así, abusé de las amenazas, y con ellas obligué á Esperanza á esperar á Delgadillo, á bajar hasta él, á ponerse en sus brazos...

¡Ah! ¡yo mismo he sido el autor de mi desdicha!



## Capítulo VI

## El rapto de María

**D**IEGO Delgadillo se puso de vuelta en México en mucho menos tiempo del que empleó para ponerse en Tezcoco.

El mismo se admiró de ello.

—¿Qué es lo que me pasa?—se preguntó entrando en su despacho:—pareceme que soy otro hombre del que siempre he sido.

Hasta me imagino que soy mejor de lo que puedo serlo.

¡Extraña alucinación!

¿Cómo hice lo que he hecho?

¿Cómo he podido hacerlo?

No me lo explico.

He podido tender mis brazos y estrechar entre ellos el placer, y he huido cual nuevo casto José, dejando á Esperanza casi, casi, mi corazón.

Esto es inexplicable.

¡Cómo reirían de mí todos mis colegas y más que todos García del Pilar si llegasen á conocer los pormenores de mi aventura de esta noche!

Pero no, ¡vive el cielo! no lo sabrán.

El ridículo en que me he puesto nadie lo conocerá, y menos que nadie el infernal Pilar, que es incapaz de ningún sentimiento noble y nunca ha amado y nunca amará á sér alguno nacido.

Necesario es que yo me prevenga y me prepare á contestar las preguntas que sin duda me prepara.

Necesario es que crea que mi aventura ha terminado como siempre terminan las de esta especie.

Necesario es hacerle creer que Esperanza no ha sido menos feliz que otras tantas, entre los brazos de Delgadillo.

¡Pobre Esperanza! mi amor propio así lo exige.

¡Y no obstante, me duele hacer lo que voy á hacer!

¡Qué mujer tan adorable!

¡Cómo me fascinaron su virtud y su resignación!

No, no volveré á verla hasta el instante en que ella misma me llame, de acuerdo con lo que hemos convenido.

Si volviese á verla, si volviese á hablarla, sería capaz de convertirme de demonio en fraile.

Y buena burla harían de mí mis camaradas y sobre todos ese infernal García del Pilar.

Y... ¿por qué no habrá vuelto ya?

¿Qué aventura será esa que le obligó á pedirme permiso para no acompañarme en mi excursión?

¡Oh! después de todo debo felicitarle de ello.

La sola idea de que él no estuviese lejos de mí, de que

me viese tal vez, habría dado al traste con mis buenos propósitos, y habría sacrificado á Esperanza á mi vanidad.

Esto me habría producido un verdadero desagrado.

No sé qué extraño y grato placer he tenido en respetar á Esperanza y en alejarme de ella dejándola inocente y pura.

¿Acaso será cierto que también se goza haciendo el bien?

Sin duda que sí; puesto que yo he gozado esta noche.

Pero ¡ah! en cambio me he expuesto á la burla de mis camaradas, y más que á la de ellos á la de García del Pilar.

Ya va de tres veces que repito esto mismo.

¿Habrás visto necedad como la mía?

Esta necedad no se aparta de mi pensamiento.

¿Qué poco valor tenemos, depues de todo, los hombres!

¿Por qué ha de mortificarme que se sepa que siquiera una vez en la vida me porté como honrado caballero?

¿Por qué he de negar que la virtud y la resignación de la hermosa Esperanza pudieron más que mis brutales deseos?

Y sin embargo no puedo vencer mi estúpida preocupación.

No quiero que me tengan por un doctrino, ni por un estudiante sin experiencia.

Es indispensable que el honor de Esperanza sea sacrificado.

Es indispensable que yo sólo sepa el resultado verdadero de mi aventura de esta noche.

Sólo yo sabré que Esperanza Ponce es un ángel de pureza y de virtud.

Para todos los demás Esperanza está perdida.

No tiene remedio.

Mi vanidad y mi amor propio lo exigen así.

Lo repito, no tiene remedio.

Acababa Delgadillo de tomar esta resolución cuando en la puerta de su despacho se dejaron oír tres golpecitos.

—¡Adelante, Pilar!—respondió el oidor dando á su fisonomía un tinte satisfecho y sarcástico, de acuerdo con el papel que se proponía jugar.

La puerta se abrió y en el despacho entró, no Pilar, sino Hernán López.

—¡Ah! ¿sois vos y á estas horas?—preguntó Delgadillo.

—Disculpadme que á estas horas en efecto, me permita incomodaros, pero me presento aquí por órden expresa de Nuño de Guzmán...

—Ya comprendo: ha querido asegurarse de que me encuentro en México y preparado á la batalla que nos presentarán mañana los frailes, ¿no es así?

—Lo es en efecto, Nuño temía...

—Sí, temía que el amor me enredase en sus redes.

—Así es.

—¡Pobre Nuño! cien años vivirá á mi lado y no le serán bastantes para conocerme.

Ha dado en figurarse que cualquier mujer puede ser conmigo una Dalila.

No, amigo Hernán López: en conquistas de amor, pongo en práctica la divisa de César en sus campañas guerreras.

Hernán López se puso pálido, y fingiendo buen humor, observó con marcada intención:

—Eso es bien sabido de todo el mundo; pero todos



temíamos que en este caso la Dalila hubiese sido algo más temible.....

—¿Temible? ¿por qué? ¡pero ya caigo! ahora recuerdo que ese malditísimo García del Pilar, que todo lo sabe y averigua, me dijo, hace mucho tiempo que vos, Hernán López, estabais enamorado de la misma mujer que yo.

—¡Señor!

—No; no os asustéis, Hernán López; no os guardo rencor alguno: el mismo Pilar me dijo al darme la noticia á que hice referencia, que en obsequio á mí, habiais desistido de cortejar á Esperanza Ponce. Por lo tanto, en vez de rencor os guardo el más lato reconocimiento.

—Muy bondadoso sois, Delgadillo: no hice más que mi deber.

—Sin embargo, amigo Hernán López; yo en vuestro caso quizás no hubiera hecho lo mismo, se entiende en el caso de haber estado verdaderamente apasionado de Esperanza.

Creo que no estabais vos en ese caso, y, creedlo, os felicito por ello.

Esperanza es una mujer como cualquiera otra, y no merece la pena de que por su amor haga ningún hombre una locura.

Vengo de estar con ella y no os digo más porque no gusto de envanecerme con mis triunfos.

La palidez de Hernán López llegó á ser tan mortal que Delgadillo la notó, y notándola, exclamó:

—¿Qué es eso, amigo mío; acaso me había engañado y os he herido imprudentemente?

—No, no es eso: conozco que habéis estado en vuestro derecho; pero me duele que una mujer como Espe-

ranza Ponce no haya sido en este caso ni más ni menos que otra cualquiera.

Debo ser franco con vos.

En algún tiempo, que por fortuna ya pasó, creí que más que vuestra inclinación amorosa, vuestros cortejos á la hermosa Ponce, reconocían por causa, las intrigas y tercerías de Pilar.

—Muy cierto es eso: sin Pilar jamás me habría ocupado de Esperanza. Pero tal empeño puso en llamar mi atención sobre ella, que él sólo es el causante y responsable de todo.

Se lo agradezco, pues Esperanza es, en efecto, una real moza; pero eso no quita que yo considere á Pilar como un grandísimo canalla.

Es un hombre sin fe, sin freno; que hace el mal por el placer de hacerlo: está en su naturaleza.

—Por desgracia,—observó Hernán López, como buscando una aclaración,—vos lo habéis dicho, Esperanza Ponce no era digna de mejor suerte: y digo por desgracia, porque, lo repito, más alta idea habíame formado de ella.

No debo negaros que alguna vez pensé en haber procurado unir mi suerte á la suya, pero por fortuna, muy al principio de mi alucinación salíome al encuentro García del Pilar, descubriéndome que la que yo suponía un ángel de pureza, no os negaba á vos ciertos favores que la rebajaban al nivel de una mujer vulgar.

—¡Mintió el bellaco!—exclamó Delgadillo en un noble arranque de respeto hacia su víctima.

—Así lo creí yo también; pero si entonces pude dudar de las afirmaciones de vuestro agente, después he ido creyendo poco á poco en ellas y si mal no oí, no hace



mucho, que viendo de consolarme, dijisteis que Esperanza es una mujer como cualquiera otra y no merece la pena de que por su amor haga ningún hombre una locura.

¿No es así como lo dijisteis?

No contestó desde luego Delgadillo y dejó pasar un instante no tan corto, en replicar lo siguiente:

—Creedlo, Hernán López: sois un buen amigo y servidor de todos nosotros, y la nombradía que vuestro personal valor y destreza en las armas os han dado, os hacen altamente simpático para mí.

En el tinte melancólico de vuestras frases me parece echar de ver que si no lo estáis al presente, estuvisteis no há mucho realmente apasionado de Esperanza Ponce; cumplo, pues, con la amistad que os debo, negándome á continuar hablando de este asunto.

—Os lo agradezco hasta cierto punto,—contestó Hernán López,—y respeto la reserva que guardar queréis, por más que ella me envuelva en un mar de confusión, pues vuestro silencio puede probar lo mismo la inocencia que la criminalidad de Esperanza.

Sólo una verdad clara, elocuente, se desprende de lo que dicho habéis:

Esperanza Ponce, si acaso es desgraciada, sólo á García del Pilar lo debe.

—Ya os lo he dicho, Hernán López; Pilar es un desventurado incapaz de amar á nadie.

—Mucho habría que decir en eso:—observó Hernán López con siniestro acento y más siniestra intención aun.

—¿Cómo es eso?—preguntó Delgadillo sonriendo con cierta picardía;—¿habéis dado con alguna madriguera de ese raposo?

—Creo que sí.

—¿Sí, eh? hablad, hablad; tengo una positiva curiosidad.

—No quiero negároslo: guardo á Pilar un rencor del que no creo pueda nunca curarme, y buscando modo de jugarle una mala pasada, he ido á dar con una deliciosa criatura que el bribón tiene poco menos que sequestrada en una casa de la calle que va á las Atarazanas, casa en el exterior de tan humilde apariencia como lujosa y aun regimiento alhajada en el interior.

—¿Pero os consta que en esa casa tenga algo que ver García del Pilar?

—Sin ningún género de duda.

—Y esa deliciosa criatura, es realmente...

—Una maravilla de belleza y un prodigio de candor.

—¿De candor!

—Cómo lo oís Delgadillo: hace apenas quince días que por primera vez la hablé, y esos quince días han sido suficientes para que yo haya hecho su conquista.

—Según eso, el asunto de Esperanza Ponce no os ha llegado tanto al alma como yo suponía.

—Os engañáis, duéleme y continuará doliéndome lo sucedido, y tanto que no encontrándome con ánimo ni gusto para continuar esta aventura, vengo á proponeros un cambio de dama: cededme á Esperanza Ponce y os cederé á María de Mendoza, que este es el nombre de mi última y reciente conquista.

—Pero esto es volver á lo mismo de que antes había mos hablado ¿amáis ó no amáis á Esperanza?

—Delgadillo, hacedme más favor: después de que me habéis dicho vuestro modo de pensar respecto á Esperanza, yo no puedo amarla.

—¿Entonces?



—¿Qué queréis? me duele pensar que puede ser vuestra querida, y hallaré cierto consuelo en saber que la habéis abandonado y que ya no os ocupáis de ella. Esto es todo.

—¿Eso es todo?

—Os lo juro.

—Pues bien; después de todo, quizás salga yo en lo que me proponéis más ganancioso que vos, y Dios sabe si tal vez deseaba yo encontrar la salida que me proponéis.

Si: estoy decidido: acepto el cambio y os juro no volver á solicitar á Esperanza; salvo el caso de que ella me busque de un modo libre y espontáneo.

—Aceptado.

—Pero esa María de Mendoza ¿aceptará á su vez e que yo os sustituya?

—¿Acaso os importa su voluntad?

—Tenéis razón; en este caso su voluntad es lo de menos: se trata de jugar una pesada burla á García del Pilar y no de buscar dama con la cual casarse.

—Así es la verdad.

—¿Pero cómo podré yo ocupar vuestro lugar?

—Todo lo tengo previsto: de mi cuenta corre concertar su rapto, fuga, ó como llamársele quiera.

—¿No necesitáis de mí entonces?

—Sí tal.

—¿Qué debo hacer?

—Enviad cuatro hombres de toda vuestra confianza que se situen en un callejón que sale á la susodicha calle que va á las Atarazanas, á una distancia como de cincuenta pasos de la casa en cuestión.

Que nada den á sospechar; que por ningún estilo sal-

gan de su escondite hasta el momento preciso en que me oigan gritar: «á mí, ¡favor! ¡me muero!»

En cuanto esto oigan salgan inmediatamente del callejón, corran hacia donde yo esté, y sin cuidarse de mí, apodérense de la mujer que á mi lado vean y huyan con ella hasta el punto en que vos les esperéis.

—¿Aceptado! —contestó Delgadillo riendo de buena gana:—pesada burla voy á jugar á Pilar.

—Con que ya lo sabéis: cuatro hombres de toda vuestra confianza y bastante prudentes para no dar á sospechar...

—Yo respondo de ellos.

—Bien está; en ese caso me retiro.

Es necesario dar el golpe esta misma noche.

Disponed, por lo tanto, que salgan inmediatamente en mi seguimiento: no hay tiempo que perder.

Pilar puede volver de un momento á otro.

Que no os vea, que nada sospeche.

—Os lo prometo, y podéis retiraros.

Hernán López no aguardó más y salió del despacho de Delgadillo, y poco después de la casa, tomando á buen paso las calles que más directamente conducían á la de las Atarazanas.

Haría media hora que García del Pilar se había despedido de su hija.

Hernán López llegó resueltamente á la ventana y dió en sus maderas los tres golpes convenidos.

María abrió inmediatamente y dijo con voz curiosa y agitada:

—Venís de hablar con él ¿es verdad? ¿qué os ha dicho mi padre? ¿aprueba nuestros amores?



—Nada menos que eso, mi María,—respondió Hernán López con fingida desesperación.

—¡Dios mío! ¡qué dices, Hernán López!—replicó la joven casi llorando.

—Lo que oís, María: y es tan cierto esta horrible verdad que aun á riesgo de que vuestra vieja Marta nos sorprenda...

—¡Oh! Hernán, nada temáis: mi padre me recogió el pomito del narcótico y me mandó que despertase á Marta; pero, mi corazón me dijo no sé qué, que por desgracia veo que está resultando cierto, y, aun contra mi voluntad, no desperté á Marta, que durmiendo continúa. Hablad, pues, sin zozobra y sin tratar de daros prisa.

—¡Oh! eso no haré: el corazón se me rompe en pedazos y no quiero que la muerte me sorprenda á vuestra vista.

—Por Dios, Hernán López ¡qué es lo que decís? ¿por qué me habláis de vuestra muerte?

—¡Ah! María, ¡perdonadme que así os aflija! ¿pero qué queréis que yo le haga, si os veo y hablo por última vez?

—Por última vez ¡Dios mío! Hernán López ¿habéis perdido la razón?

—No lo sé, tal vez sí: ¡es tanto lo que sufro!

—¡Oh! Hernán López ¡no me atormentéis! Habladme de una vez toda la verdad por horrible que ella sea!

—Pues bien, María, ¡oid esa horrible verdad! Vos no podéis ser mi esposa; vuestro padre quiere casaros con García del Pilar!

—¡Cielos! con ese monstruo de horror y de maldad que vos me habéis enseñado á aborrecer?

—El mismo.

—¡Pero no era ese Pilar enemigo de mi padre? ¿no temíais que por ser vos criado suyo, mi padre se opusiese á nuestros amores?

—Así es la verdad, y sin embargo también lo es lo que ahora os digo.

—¿Pues qué ha pasado?

—Vuestro padre ha tomado participio en una conspiración contra la Audiencia, cuyo agente es García del Pilar, quien le ha exigido á cambio de su vida vuestro sacrificio.

—Pero eso no puede consentirlo mi padre,—observó con noble arranque la joven.

—Decis bien, María, vuestro buen padre no podía convenir con nadie, quien quiera que él sea, vuestra deshonra, pero García del Pilar le juró haceros su esposa y D. Felipe ha aceptado.

—¡Pero Dios mío! ¿cómo puede ser eso si mi padre acaba de hablar conmigo y nada me ha indicado?

—Le faltó valor para ello y yo estoy diciéndoos lo que él no se atrevió á deciros.

—Luego él os ha encargado...

—Sí, él me ha encargado deciros lo que oyendo estáis.

—¡Y vos, Hernán López, no habéis tratado de defenderme!—exclamó la joven en amarguísimo reproche.

—¡Ah! María, no me hagáis la injuria de repetir semejante cargo!

¿No defenderos yo cuando sois, bien lo sabéis, la vida de mi vida?

Todo lo he intentado, pero todo ha sido inútil.

Amenazado de muerte por García del Pilar, quiere conservar la vida, no porque la estime en cosa alguna,



sino porque defendiéndola, considera que os deja sin defensor ni protección alguna.

—¿Y cree remediarlo entregándome á ese hombre aborrecible?

—Vuestro padre, María, piensa que de cualquier modo que sea no puede evitar quedéis en poder de ese hombre; muerto D. Felipe de Mendoza, el tirano se apoderaría de vos á la fuerza; esta consideración es la que le induce á dar su consentimiento para esa maldita unión.

—Pero respondedme, Hernán López,—replicó la joven con digna gravedad y luchando para contener la explosión de su enojo,—¿estáis vos dispuesto á consentir esta abominación?

—María, ¿qué queréis que yo haga en este caso?

—¿No lo sabéis, Hernán López?—dijo la joven herida y lastimada con la respuesta,—¿quiere entonces decir que me habéis mentido, que no me amáis?

—María,—contestó Hernán López, con bien fingida emoción,—cuán venturoso me hacéis con vuestro injusto reproche! ¡Cuán venturoso me hacéis, porque vuestra queja me autoriza para proponeros lo que nunca os habría yo propuesto sin estar previamente facultado para ello por la espontánea manifestación de vuestra libre voluntad.

Un único remedio nos queda para evitar el infortunio que nos amenaza; sin duda lo habéis adivinado; que os resolváis á huir conmigo.

—¿Hernán López—replicó aun más lastimada y herida en su dignidad la joven:—ese es el único remedio que á vuestro mal encontráis: ¡mi perdición, mi deshonra! no, Hernán López, vos no me amáis, vos no me habéis amado jamás!

Hernán López dejó escapar un lastimero quejido y doblándose sobre sus rodillas hubiese caído en tierra á no haberse agarrado con fuerza á las barras de hierro de la reja.

—¡Que no os amo!—exclamó,—¡que no os he amado jamás! ¡Ah! sí, tenéis razón, María, si os hubiese amado no habría hecho lo que he hecho.

La voz de Hernán era cada vez más débil y apagada y de sus labios se escapaba un ronquido semejante al estertor del moribundo.

María se alarmó extraordinariamente.

—¿Qué os pasa Hernán? ¡Hernán! ¿qué habéis hecho?

—¡Una locura que yo creía inspirada en ese amor que vos no creéis!

—¡Ah! ¡por piedad, Hernán López, hablad, hablad!

—Sí, hablaré para convenceros de que os amaba.

Acaba vuestro padre de quitar á mi pasión toda esperanza.

Fuí débil para soportar mi dolor y apenas se separó de mí, llevé á mis labios un pomo igual al que á vos os entregué para que narcotizáseis á Marta.

Ahora bien, ese narcótico, pasando de cinco gotas, es un mortal veneno y yo apuré todo el pomo.

Habría querido evitaros el horror de verme morir á vuestras plantas, però vos me habéis detenido y en vano procuraríais alejarme.

—¡Oh!—exclamó aterrada María,—eso no es verdad, eso no puede ser verdad, eso no puede permitirlo Dios!

—Sí, María, lo permitiré porque mi muerte es lo único que puede consolarme de la mala opinión que de mí tenéis: así podréis convenceros de que os amaba.

Hernán López se agitó en una horrible convulsión.



Sus manos se crisparon y no sirviéndole ya para sostenerse agarrado á la reja, su cuerpo cayó pesadamente al pié de ella.

.....  
 María, sin saber ni lo que hacia se retiró de la reja, corrió al zaguán, abrió el portón y pronto tuvo entre sus brazos el cuerpo al parecer inanimado de su amante.

Las tiernas, las dulcísimas frases que le prodigó, bastaron, sin duda, para reanimarle, porque Hernán pareció que volvía en sí.

—¡Oh!—exclamó,—¡por compasión! ¡mis entrañas se abrasan! ¡agua! ¡agua! ¡por compasión!

—No, yo no quiero dejaros solo en este estado: ¡por piedad, Hernán López, haced un esfuerzo para poneros en pié! ¡dad algunos pasos nada más, el zaguán no está lejos! ¡entremos en casa! ¡Oh! ¡desgraciada de mí! ¡por que no desperté á Marta para que pudiese ayudarme!

¡Hernán López, haced un esfuerzo, yo os ayudaré!

—¡Agua! ¡agua!—repitió Hernán López agitándose con violencia y procurando arrastrarse hasta llegar al zaguán.

—Así, así, Hernán, un esfuerzo más; yo os ayudaré, así, así, ya está aquí la puerta: apoyaos en mí.

Hernán López se cogió con fuerza á la joven, impidiéndola pasar antes que él, y con una mano agarró el aldabón y vacilando de nuevo y cayendo hacia atrás, estiró la hoja de la puerta cuyo cerrojo vertical entró en el agujero, al efecto abierto en las losas, quedando sólidamente cerrada.

—¡Dios mío!—exclamó María,—¡estamos perdidos!

¡La puerta se ha cerrado; sólo por dentro puede abrirse y Marta continúa narcotizada!

Hernán López, que no habia dejado ni un instante de fingir á la perfección su supuesto envenenamiento, jugando siempre el mismo papel, se alzó en una al parecer última convulsión y con toda la fuerza de que se sintió capaz, gritó:

—¡A mí! ¡favor! ¡me muero!—y se dejó caer en tierra.

.....  
 En el mismo instante, cuatro hombres enmascarados salieron de las sombras de una callejuela próxima, y corriendo al grupo que Hernán López y María formaban, se apoderaron de ésta, amordazándola para que no dejase oír sus voces de terror, y con ella desaparecieron por el opuesto extremo de la calle.

.....  
 Y entonces Hernán López, levantándose vivo y en salud, exclamó:

—¡Es una infamia, pero estoy vengado!